

escrúpulos y con un gran desprecio e indiferencia para los que nos consideramos más o menos normales y aunque conservadores, con nuestra mente puesta a cualquier cambio o innovación de las nuevas generaciones, pero que vayan encaminadas a fines nobles, de beneficio común y no propiciar ni alentar inmundicias que en lugar de activar el pensamiento lo enturbian y entorpecen—.

Jorge, rápidamente se hizo cargo de la situación urgiendo a Ricardo que sometiera a votación el asunto. Como no había tiempo para expedir voto secreto por escrito, Ricardo simplemente anunció: —el que vote a favor de que el concurso quede desierto, es decir, sin otorgar premios a nadie, que por favor levante la mano—.

Al instante, cinco brazos apuntaron en señal de aprobación, quedando, como es fácil de adivinar mudo y sin movimiento, el brazo de don Torticio, quien se levantó súbitamente y sin decir palabra salió violentamente, azotando la puerta en franca señal de enojo y rebeldía.

Ricardo, en compañía de los demás consultores fue de inmediato al teatro y francamente pidió excusas al auditorio diciendo que por causas de fuerza mayor se suspendía el festejo y que en cuanto a los premios, por no tener merecimientos suficientes los concursantes, por este año, no se entregarían a nadie.

El público salió, casi silencioso, pero murmurando en voz baja una y mil conjeturas; los dos miembros del jurado se deslizaron muy despistadamente y sin hacer ruido.

Así pasó el primer episodio de un año de sorpresas para el nuevo presidente del Club de la Cofradía. . .

*“El hombre, ténlo presente,
en ese mundo hostigoso,
hace un viaje muy penoso
y no medra si no miente”.*

*“Y mayor razón te sobre
en la sociedad, buen chico,
evita el odio del rico
y la intimidación del pobre”.*

ANTONIO PLAZA

— V —

*“Las mujeres son animales
de cabellos largos e
ideas cortas”.*

SCHOPENHAUER.

Cada mes se reunían las damas de los cofrades en alguna de las bellas residencias de las socias, con el objeto de celebrar su junta ordinaria. Los primeros meses eran las reuniones en las casas de las esposas de los consultores o miembros del directorio. En esta ocasión la celebración era en la suntuosa y palaciega casa del arquitecto Marcelo Argüelles.

Clara, su esposa, estaba verdaderamente feliz y un tanto nerviosa, pues a toda costa quería, como anfitriona, quedar en esta primera ocasión muy bien con sus invitadas, para que se fueran con una agradable impresión; de pasada, se ufanaría orgullosa de todas sus pertenencias, su casa sería el escaparate para exhibir todos los tesoros que ella contenía aún en los rincones menos frecuentados. En verdad, todo ahí era de un gusto exquisito y refinado; los muebles que com-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"RAUL FANGEL FRIAS"

ponían al ajuar de la mansión, eran fabricados con finas maderas, especialmente para el arquitecto Argüelles, todos hechos a la medida para grandes espacios, rincones o áreas pequeñas; el fabricante, era un renombrado y disputado artista que hacía verdaderas obras de arte, grandes maravillas con la madera trabajada por sus diestras manos; los detalles de decorados, paredes tapizadas, colocación de estatuas, pinturas, cortinas, adornos, colgijes, etc., también estuvieron a cargo de un hábil especialista, famoso por su delicado y buen gusto. En una palabra, el albergue de Clara, su esposo y un único hijo pequeño, era soberbio y magnífico. Todo un palacio bien montado, con jardines que figuraban rincones japoneses con pequeños puentes y lagos artificiales, flores de loto, y en un nicho, un meditativo buda de jade.

Clara, la más joven y bonita del directorio de damas, excitadísima, recibía con besitos en la mejilla a sus amigas en la entrada principal de su residencia y luego de atravesar el recibidor, un pasillo y la sala que desembocaba en una de las puertas que daban al jardín, dejaba a su acompañante y regresaba a la puerta lista a recibir la nueva visita. La servidumbre, de uniforme negro y elegante delantal blanco con encajes, servía en charolas plateadas los fiambres y las bebidas.

Ya habían llegado Bertha, Gertrudis, Ana Blanca, Alicia, Ethelvina, Mónica, Gabriela y Maricruz y de la directiva de damas estaban todas, salvo la presidenta Laura y la infumable Chayito.

Lucita Valverde ayudaba con su eficacia acostumbrada a Clara, atendiendo pequeños detalles que hacían más fluido y amable el servicio.

Por fin se dignó aparecer la presidenta Laura Belgrano, yendo a recibirla a su carro Clarita y Lucita con grandes aspavientos. Laura se excusó por llegar un poco tarde, pues había estado en el bautizo de un nuevo ahijado del matrimonio. Casi al mismo tiempo llegaba Chayito, saltando apresuradamente el chofer para abrirle la puerta. A Laura se le dibujó un gesto de disgusto en su rostro porque aquella mujer la quería hacer aparecer en segundo plano. Tanto la propia Laura como Clarita y Lucita la recibieron en la estancia con una

cortés frialdad.

Las mesas ya estaban pletóricas de alharaquientas jugadoras de poker, paco o canasta, recibiendo con muestras de júbilo y cariño a Laura, e invitándola, todos los grupos, a que las honrara sentándose con ellas; por fin encontró acomodo en la mesa de la anfitriona y se dispuso a gozar del juego. Chayito siempre estuvo detrás de Laura, haciéndole sombra y pretendió sentarse en la misma mesa pero se frustró porque ya no había silla, entonces, furiosa, pero sonriendo con su cara de cacahuete garapiñado, viéndose aislada, se resignó a sentarse con un grupito de nuevas socias, ante las cuales de inmediato empezó a presumir con sus joyas, su ridículo vestido estilo china poblana, recién comprado en París, alarmandolas y sorprendiéndolas con su voz totonaca mezclada con un acento que pretendía ser castizo español y que resultaba ininteligible.

Otra proscrita, Tenchita del Olivar, a quien los gruesos lentes le daban el aspecto repulsivo de un ser de otro planeta, también estaba sentada con damas que no eran del directorio —pues todas la evitaban—, y compartía el juego con socias nuevas o de reciente ingreso. Al ver llegar a Laura, se excitó visiblemente, dejando afluir la envidia y los celos —ella recién había sido la anterior presidenta— y comenzó a comentar en voz medianamente baja que: Laura era una presumida e inflada guajolota que intencionalmente llegaba tarde para darse los claros visibles aires de grandeza, pero que también debería disculpársele porque sin duda estaba muy ocupada vigilando a su marido —ahora el presidente Ricardo— de quien según se decía andaba engañándola con su propia secretaria, las mujeres se agitaron incómodas y de la mesa vecina en donde se encontraban dos damas del directorio, Conchita Albatroz y Sandra Rubio de Montellano, al oír las perversas palabras de Tencha, algunas movieron negativamente la cabeza y otras como la respetable señora de Montellano, hicieron un leve gesto despectivo y posaron sus ojos, en silencio, pero con reproche, en los abultados ojos miopes de Tencha.

Todavía, quizá porque gozara en su interior de su per-

versidad hizo acres comentarios acerca de la propia anfitriona Clara, cometiendo la indiscreción —pues eso era cierto— que ésta les había rogado a las damas del directorio, ser la primera en ofrecer su casa ya que: —como ustedes verán, es casa grande de nueva rica, que lo único que quiere es presumir exhibiéndola como si fuera un zoológico—, concluyó aquel repulsivo renacuajo.

Nadie, pero nadie, se atrevía a parar la afilada lengua de aquella sierpe rencorosa, amargada y fea, que dañaba a cuanta inocente giraba a su alrededor.

El chisme no era patrimonio exclusivo de Tencha, también en otras mesas se susurraba de separaciones, divorcios, fraudes, todo a media voz, pero todas atentas con picante curiosidad y el oído muy alerta al nuevo comentario mordaz. Siempre eran las mismas miserias nuevas y viejas que el padre sol ha mirado con indulgencia en siglos de contemplación.

Las señoras vestían sus modelos exclusivos, manufacturados por las mejores costureras y envolvían sus cuerpos en trajes primaverales, confeccionados algunos en telas vaporosas; otros con adornos de organza, con motivos estampados o aplicaciones de florecitas de organdí. Algunas usaban tela de caída más suave como chiffón o georgette; lo cierto es que ahí reinaba la moda del día; algunas lógicamente se veían guapas con sus magníficos atuendos y otras francamente desastrosas, cómicas y lamentables.

Desde luego la mesa mejor atendida y frecuentada era en donde se encontraba la presidenta Laura, pues, aunque parezca mentira, muchas de las socias, sobre todo las menos conocidas, las nuevas o las anónimas, se acercaban, la saludaban y la veían como un ser superior, dador y dispensador de favores y se disputaban en pugna silenciosa el ser escogidas por Laura para desempeñar cualquier comisión, aunque fuera baladí; allí el asunto estaba en distinguirse, en descollar, en tratar de sobresalir entre las demás.

Escándalo mayúsculo fue cuando súbitamente se presentaron los fotógrafos y redactores de sociales de los principales diarios, que fueron advertidos previamente y quie-

nes conocedores de su profesión, a cambio de regalitos, dádivas y prebendas entregadas con discreción, se multiplicaban en las planas de sociales en elogios y alabanzas para las señoras que más bien les caían o que sabían iban a compensarlos con algo, más tarde. Por lo regular, de los cuatro diarios de la localidad, tres de las responsables de cubrir la fuente de sociales eran mujeres y el cuarto, una mezcla de éstas y los hombres.

Cuando los fotógrafos ordenaron —esa es la palabra— que se agruparan o formaran las damas para tomar las fotografías —siempre con algún fondo bonito— todas, o casi todas, en tropel salían de sus butacas y corrían atropelladamente para colocarse en un buen lugar, esgrimiendo la mejor y más cautivadora de sus sonrisas, así, al día siguiente verían su foto a colores y la cronista describiendo: “a la elegante señora de tal, bellísima en su coqueta cachuchita color aqua y su original conjunto de jersey morado con aplicaciones verdes y amarillas; así como a la distinguida damita de mengano, con su atuendo gaucho y sus botas de piel de cocodrilo con incrustaciones de pedrería y espuelas de plata y oro”, etc., etc.

Por supuesto, siempre era la campeona en estos menesteres Chayito de Calvo, quien buscaba la primera línea y se colocaba en el centro, lugar tradicionalmente destinado a la dueña de la casa que era la anfitriona, pero a Chayito no le interesaba ningún convencionalismo con tal de hacer resaltar su repugnante figura, faltando a la más elemental regla de cortesía, al desplazar a Clarita, en este caso, del lugar central. Todas se percataban de la maniobra, pero nadie le decía nada. Tencha, tan víbora y lenguaraz, parecía tener un pacto secreto con ésta otra indeseable y jamás la atacaba.

Después de las fotografías, continuaron con una merienda exquisita compuesta de ricas galletitas, café y chocolate, dando oportunidad a una maestra invitada especialmente para dictar una breve charla sobre el célebre pintor italiano el Tintoretto, pues ya era costumbre “salpicar” estas reuniones con algún detalle cultural; así eran invitados

conferencistas, charlistas, profesores, que tocaban diversos temas, entre otros los históricos, el de los arreglos florales y los adornos de pasteles.

La maestra se refirió a dos de las obras cumbres del genial pintor italiano, "La última cena" que se encuentra en la iglesia de San Jorge el Mayor, y "El Paradiso" en el Palacio Ducal ambas de Venecia, Italia. Todas las socias estuvieron atentas y algunas hicieron preguntas al respecto, pues la mayoría ya conocía las obras personalmente por haber viajado al bellissimo país de los antiguos romanos.

Después de la interesante plática documentada con diapositivas, las damas comenzaron a levantarse para irse a despedir de la anfitriona.

Se hacían grupitos en la puerta, mientras una pléyade de choferes maniobraba cuidadosamente para ocupar sitio en la puerta de la residencia y llevarse a su ama respectiva; algunas más modestas, iban personalmente a sus automóviles para conducirlos. Todas invariablemente llevaban de recuerdo los preciosos pajaritos azules que habían adornado las mesas; algunas aún con el cigarrillo en la mano, tiraban despreocupadamente las cenizas en las finas y mullidas alfombras; otras más, parando coquetamente las trompitas simulaban aventar al aire un besito tronado; otras más se besaban en las mejillas y algunas se estrechaban las manos y al abrazarse dejaban pingajos de chocolate y grasa en la espalda o cabello de la amiga. Cada una se despidió de la amable anfitriona dirigiéndole frases agradables de agradecimiento y de admiración por lo bella y bien arreglada que tenía su residencia, así como por el exquisito y buen gusto de haberles ofrecido pastelitos franceses de nuez y chocolate. —Todo fue un encanto, eres un primor— fueron las frases repetidas que sonaban a campanas de gloria en los oídos borrachos de halagos de Clara Solís de Argüelles.

Una vez sola Clarita, vio con tristeza cómo había quedado su casa: colillas de cigarro por doquier, servilletas, vasos rotos, y lo más grave, cortinas y manteles manchados y quemados al parecer intencionalmente, así como algunas

tiernas plantas del jardín aplastadas y destruidas sin misericordia. También notó la falta de varios ceniceritos de cristal, palilleros de plata y algunos objetos menores. Sentía coraje y al mismo tiempo estaba feliz, pues a pesar de todo, la reunión había sido espléndida y según le dijeron varias, entre otras, la presidenta Laura, había tenido un éxito mayúsculo, pues ya vería las noticias en los diarios de la mañana alabándola a más no poder y nombrándola, como le dijo Chuchita la de "El Imparcial", la dama de la semana, en una gran fotografía a todo color, en la cual aparecía ella solita con el marco esplendoroso de una pintura original de Cervantes el antillano, posando una mano en el impresionante jarrón chino y mirando con su carita de ángel el atestado juguetero español con miniaturas de marfil y muñequitas orientales.

Lo único que la mortificó más de la cuenta fue el hecho de que los de la televisión llegaron tarde y pese a que la gran sala y la soberbia estancia, así como el pórtico y parte de los jardines salieron en el noticiero social, le podía mucho que los ventanales, esos vitrales hermosísimos hechos en cristal de plomo en los que famoso artista había dibujado paisajes japoneses de ensueño, con sus castillos, sus lagos, su volcán y sus hermosas fuentes rodeadas de árboles en miniatura, no fueran conocidos por el público ávido de los grandes acontecimientos sociales.

Clara, ahora más que nunca embriagada en su propia borrachera de vanidad, volvió a acariciar la idea recóndite e íntima, que la llevaba a toda costa, costare lo que costare, contra viento y marea, opusiera quien se opusiera, a considerarse la esposa del próximo presidente del club de La Cofradía. . .

Ella soñaba y tenía sus propias fantasías y entre ensueños se veía rodeada por las principales socias y halagada y mimada hasta la locura por los cronistas de sociales. Se veía, en su toma de posesión como presidenta, cuyo cambio de directiva tendría que ser en el campo de golf, siendo ella el centro, la mirada de atención de todo mundo y en su loco éxtasis exhibicionista aparecía primero comple-

tamente desnuda y luego como gran reina presidiendo las festividades, luciendo sus docenas de vestidos sin estrenar, ideando mil combinaciones con sus zapatos, blusas, sombreros, turbantes, cintos, plumas, broches y desde luego su colección de joyas. Así que para tal vestido, tal peinado, aquella combinación, estos zapatos, aquel turbante, esa, diadema, o mejor no, ese sombrero y para rematar su famoso collar de perlas con el prendedor de esmeraldas que era su favorito y el de su buena suerte.

¿Qué, a estas mujeres modernas, liberadas, inteligentes, intrigantes, hermosas, se refería en su famosa alusión, el mentecato de Schopenhauer? . . .

*"Muchos hay que dan lo suyo
por cálculo o vanidad,
pero hijo, esa caridad,
es la virtud del orgullo".*

*"Nunca des con mira doble
porque el hombre desgraciado,
es un objeto sagrado
para quien tiene alma noble".*

ANTONIO PLAZA

— VI —

*"La vida es una tómbola"
canción popular.*

Ricardo salió apresuradamente del amplio despacho que ocupaba en importante industria como gerente divisional, para encaminarse al elevador que lo conduciría al sótano, subirse en su automóvil y dirigirse al salón de directivos del club, pues había junta extraordinaria de consultores.

Después de dar lectura al acta anterior, el secretario Jorge, se procedió a cubrir el orden del día, dándole preferencia al asunto de mayor interés.

Ricardo tomó la palabra y dijo a los consultores —amigos—, ustedes saben bien que al tratar de comenzar nuestra obra, o sea el centro escolar anexo a "El Caminante", surgió una gran dificultad porque el terreno que creíamos era de la parroquia resultó ser municipal y aunque ambos (el de la Iglesia y el otro) finalmente pertenecen por su destino a la nación, es necesario hacer todos los trámites administrativos para poder edificar en este terreno. A tal fin, el día de ayer, acompañado de nuestro secretario Jorge y de nuestros consultores don Ruperto Quintanar y el arquitecto Argüelles, nos